

clarín, santiago.

15. IV. 1970 - P5

6 los 24

PUEDO describir el terrible caso de Rafael Elizalde Mac Clure, el suicida que se mató en Peñalolén, quedándose vivo al estilo bonzo, estableciendo hasta este instante un duro enigma para los policías y los periodistas. Yo, pues, a promocionar una verdad feroz. Digo, entonces, que Rafael Elizalde se mató por "La Señora". No

precisamente por la perversa influencia del candidato derechista que llamaba de este modo amaricado, pero si siquiera por su fúnesta imagen. Yo conocía muy bien a este héroe de su final desastre. Elizalde había sido mi compañero en la vieja Editorial Escilla, esa de Agustinas 1639, fundada por Ismael Edwards Muñoz y el argentino Laureano Rosfoglio, un gavilán de ojo muy alerta y parrá hasta rapez. En 1936, cuando ingresé a la revista "Escilla" de otros tiempos, bajo la rectoría fraternal del cholo Manuel Secuane que la dirigía, Rafael Elizalde Mac Clure era uno de los más tenaces colaboradores de la desaparecida revista "Hoy", ya devendida en esos días sólo en un antojo publicitario de Ismael Edwards Muñoz que la sostenia a pura pérldita, contando para ello

LA SUYA no era sólo la de un extraviado aristócrata, resignado al exilio de su clase, como yo lo llamaba ante el resplandor fugaz de su



EL SUICIDA QUE SE MATÓ A LO BONZO

LA PISTA DE LA NOTICIA

con las gordas ganancias que le daba "Escilla". Desde ese mucho tiempo, treinta y cuatro años atrás del calendario, data mi largo conocimiento de Elizalde.

No fuimos nunca amigos verdaderos, tal vez en razón de nuestra resuelta postura diferente ante la vida. Pero nos teníamos una mutua estimación, algo más profunda y más sincera que los falsos cumbellos amicales, posiblemente acunada por el hecho de su padre ecuatoriano, que había sido Embajador en Chile, y el de mi ascendencia chilena en Ecuador, en la Embajada de Chile en Quito, donde mi padre era el miembro naval de la misión diplomática de Adolfo Eastman. Esto nos unía con la abierta posibilidad de una fraternidad. Todavía, por eso, desde el alma hacia el recuerdo, me viene la nostalgia de su genio y su figura, y vuelvo a verlo, pues, tal como lo era en vida, magro de cuerpo ante mi corpulencia, muy gentil, muy comedido y demasiado fino, también, seguramente, en excesivo caballero para protagonizar y ocultar su angustia.

sonrisa tímida, sino algo de más hondura y más alto. Luchaba bravamente, con auténtico coraje, contra el misterioso impulso que lo

llevaba hacia el "otro amor". La larga batalla, con más derrotas que victorias, siempre lo desmoronaba un poco. Una vez le salvé la

vida en Los Callejones, en la casa de bulla de la Nena del Banjo, donde yo alborotaba como un toro nuevo en la capitosa noche antiguina. Elizalde se había ido de aventura homosexual, sometido a su delirio, para dar sólo en una ronda de riflazos que le arrancaban el pellejo y el bostillo, cuando yo llegué a la zalgarda, junto con Julio Espinola Santander, que era mi yunta en ese instante, y pedimos rescate al precio de una épica pelea, donde no fallaron los tajos que salían cociendo en las manos delincuentes que ambicionaban la presa de Elizalde.

Fue entonces cuando me confió su drama, mientras un vino de amanecida se marcaba en los vasos impacientes:

—Soy esto —me dijo, tú ya lo sabes. Lo que ignoras es que no quiero serlo, y ello constituye mi tortura. Lu pavoroso, además, es que de mi condición viene la soledad. Soy un pobre ratón con un triste esplendor de apellidos y sin plaza, carendo hasta de la gallardía física en mi escasez de todo, donde me obligo a ser avaro de lo poco que me queda. Poco no de mi vida. Me voy a matar el día menos pensado, ya lo verás tú, asqueado o más bien desesperado de mi equivocación para vivir.

No lo respondí nada. Volví a Benaré el yuso y Julio Espinola golpeó las manos, riéndose otra botella. El día ya venía con su flauta de Nijaros y la ciudad comenzaba a vibrar con su gran campana callejera. La Loca Maríon, que era mi amiga de amor en esos días, llegó a nuestra mesa y miró a Elizalde con sus ojos traumados:

—Me gusta el pie —me dijo la Loca, mordiéndome en la oreja.

Tampoco le contesté. Ya sabía que Elizalde Mac Clure tenía la sombra de la muerte en las espaldas. La muerte, pues, vendría algún día en su busca, de terrible luya voluntaria, tal como ocurrió hace algunos días en Peñalolén, arriendo con crueles cenizas titulares para reivindicar al hombre en el extraviado Rafael Elizalde.

El suicida que se mato a lo bonzo [artículo] Sherlock.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sherlock

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El suicida que se mato a lo bonzo [artículo] Sherlock.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa